

Algunas notas sobre los arqueros: el caso de Pándaro en la *Iliada* de Homero

Some Notes on Archers: The Case of Pándaro in Homer's *Iliad*

Alfredo Fredericksen Neira
Universidad Finis Terrae
alfredericksen@gmail.com

Resumen

El objetivo de este artículo es realizar algunas notas sobre los arqueros, específicamente el caso de Pándaro en la *Iliada*. En primer lugar, abordaremos brevemente las implicancias entre el mito y la figura del héroe. En segundo lugar, nos centraremos en las apariciones, el linaje, la nobleza y las peleas. Finalmente, reforzaremos la importancia de los mitos griegos: sus temas y motivos en el tiempo y cómo Pándaro se muestra como un héroe, pero según las características de los arqueros. Siempre hay elementos que los rebajarán, de alguna u otra manera, frente al resto de los héroes. No tiene caballos, renuncia a ellos, no gana sus batallas, rompe la tregua entre los ejércitos: usa el arco en vez de la lanza. La visión del arquero siempre fue negativa, y esto se observa en los héroes que utilizaron el arco.

Palabras clave: Grecia, Homero, *Iliada*, Pándaro.

Abstract

The objective of this article is to make some notes about the archers, specifically, the case of Pándaro in the *Iliad*. First, we will briefly address the implications between the myth and the figure of the hero. Secondly, we will focus on the appearances, the lineage, the nobility and the fights. Finally, we will reinforce the importance of Greek myths: their themes and motives in time and how Pándaro is shown as a hero, but according to the characteristics of the archers. There are always elements that will lower them, in one way or another, in front of the rest of the heroes. He has no horses, he renounces them, he does not win his battles, he breaks the truce between the armies: he uses the bow instead of the spear. The archer's vision was always negative, and this is seen in the heroes who used the bow.

Keywords: Greece, Homer, *Iliad*, Pándaro.

En los tiempos presentes, el aspecto más interesante de la influencia clásica en el pensamiento y en la literatura es la reinterpretación y revitalización de los mitos griegos.

La tradición clásica, Gilbert Highet

Introducción

Sin lugar a dudas, la bibliografía en torno a las implicancias del mito y la figura del héroe es vasta y extremadamente divergente. Asimismo, las numerosas investigaciones acerca de los temas en cuestión se encuentran transidas por una serie de disciplinas, tal es el caso de la filología, la filosofía, la antropología y la psicología, disciplinas que, pese a sus incuestionables aportes en el área, han añadido una seria dificultad al momento de delimitar el campo de acción de los conceptos enunciados.

Algunos ejemplos de la diversidad de términos que ostentan el mito y el héroe aparecen reflejados en la vigésima segunda edición del *Diccionario de la Lengua Española*. De acuerdo a la Real Academia Española, el concepto de mito se asocia a “la narración maravillosa situada fuera del tiempo histórico y protagonizada por personajes de carácter divino o heroico”. En segundo lugar, el *Diccionario* define el mito como “una historia ficticia o un personaje artístico-literario que condensa alguna realidad humana de significación universal”. Finalmente, en la tercera acepción, la Real Academia Española imbrica aún más este concepto con la figura heroica, pues señala que el mito es “una persona o cosa de extraordinaria estima” (RAE 1516). Este mismo diccionario es sumamente prolífico al momento de entregar las cualidades que caracterizan al héroe. De este modo, el héroe aparece definido como “un varón ilustre y famoso por sus hazañas y virtudes” o como “un hombre que lleva a cabo una acción heroica”. En la última acepción que otorga el diccionario, el héroe se relaciona con la mitología antigua, en donde es considerado como el hijo de una divinidad y de una persona humana, condición que le significa ser más reputado que un hombre, pero menos estimado que un dios (RAE 1201).

A nivel de los especialistas, las diversas interpretaciones del concepto de mito y héroe se multiplican y contraponen. Incluso, esta discusión ya había sido desarrollada en la antigüedad griega. De acuerdo a este último enunciado, Furio Jesi indica que la historia de la palabra *mythos*, a partir de Homero, es historia de la elocuencia y de la retórica, conceptos que se alejan en la medida en que la palabra se convierte en instrumento de persuasión (Jesi 15). Jean-Pierre Vernant señala que *mythos* no solo quiere decir “palabra” o “narración”, sino que, además, designa realidades tan diversas como teogonías, cosmogonías, fábulas, genealogías, cuentos y sentencias tradicionales. Para el neokantiano Ernst Cassirer esta es la razón por la cual la filosofía se preocupa del mito mucho antes que de los otros campos de la cultura, dado que, solo ajustando

cuentas con el pensamiento mítico, la filosofía consigue precisar su propio concepto y adquirir conciencia de su misión. De hecho, para el mismísimo Platón, el mito es portador de un determinado contenido conceptual, ya que es el único lenguaje en el que puede expresarse el mundo del devenir (Cassirer 17-19).

Junto con el concepto de mito, los griegos de la antigüedad centraron sus reflexiones en torno a la figura del héroe. Según los testimonios de Homero (*Iliada* XII 22) y Hesíodo (*Erga* 159), los griegos de la época arcaica consideraban la existencia de unos seres intermediarios entre los dioses y los hombres, seres que recibían el nombre de semidioses (*hemíttheoi*). En la época clásica todavía subsistía esta división, tal como queda de manifiesto en una de las *Olímpicas* (II 1) de Píndaro. Décadas más tarde, Platón en su célebre diálogo titulado *Cratilo* (397c ss.) añade la categoría de los héroes, quienes se distinguen de los dioses, démones y hombres. El profesor Hugo Francisco Bauzá determina que, a partir de esta distinción, el término *heros* adquiere un sentido más amplio y sirve para designar a un determinado tipo de mortal que reúne lo más sublime del hombre griego (Bauzá 10). En el mundo latino, la palabra *heros* aparece de forma tardía en Virgilio circunscribiéndose al sentido griego de héroe o semidiós, mientras que, dentro de la obra de Cicerón el término es utilizado para aludir a un hombre célebre, acepciones que se han mantenido vigentes hasta la actualidad.

Las directrices planteadas con anterioridad motivan el surgimiento de algunos enfoques destinados a resolver las implicancias del mito y la figura heroica. En el caso del mito, podemos vislumbrar la existencia de múltiples formas de interpretación, las cuales oscilan desde el siglo VI a. C. hasta la época contemporánea.¹ Gracias a esto nacen enfoques tan prolíficos como el simbolismo o alegorismo, la pseudoracionalización, el evemerismo, el astralismo, el ritualismo, el psicologismo o psicoanálisis y el estructuralismo, tendencias que, además, entregan significativos planteamientos sobre la noción de héroe.

Del mismo modo, muchos especialistas postulan la importancia de un tercer concepto para comprender el sentido intrínseco del mito y el héroe, concepto asociado a la mitología. Bajo la perspectiva del profesor Francesc-Lluís Cardona, la mitología es el tratado de los mitos o la ciencia que se ocupa de los mismos, entendiendo por mito cualquier relato o historia en la que los protagonistas son dioses o héroes, quienes, al mismo tiempo, pertenecen al acervo religioso de los pueblos (Cardona 5). Por su parte, el catedrático Antonio Ruiz de Elvira plantea que la mitología clásica es el conjunto de leyendas o mitos griegos y romanos que, según testimonios fehacientes, tuvieron vigencia como tales en cualquier momento del ámbito temporal que va desde los orígenes hasta los años 600 d. C. Una segunda acepción para la mitología

1 Para Gilbert Highet, existen tres principios básicos sobre los cuales se pueden interpretar los mitos. Uno es decir que describen hechos históricos determinados. El segundo es tomarlos como símbolos de verdades filosóficas permanentes. El tercer principio es sostener que los mitos son la expresión de procesos mentales, eternamente recurrentes.

sindica a este concepto como la investigación científica de los mitos y el conjunto de estudios modernos sobre ellos. En oposición a esto, la mitografía es el término utilizado para identificar el conjunto de obras literarias griegas y latinas, las que van desde los orígenes hasta el siglo XII d. C. (Ruiz de Elvira 7).

Evidentemente, estas concepciones acerca de la mitología y la integración del mito del héroe conforman un pequeño corolario de la vasta bibliografía existente. Estudiosos tan connotados como: G. B. Vico, K. O. Müller, J. Laffitau, F. Creuzer, J. J. Bachofen, G. Grote, H. Usener, U. Von Wilamowitz, M. P. Nilsson, M. Müller y J. G. Frazer, sin dejar de lado los aportes de E. Cassirer y M. Eliade, el estructuralismo de Lévi-Strauss y el psicoanálisis del mito encarnado en figuras de la talla de S. Freud, O. Ranke, C. J. Jung, P. Diel y J. Campbell, han contribuido a ampliar el horizonte del mundo clásico, haciendo patente la importancia del mito y el héroe para comprender ciertos fenómenos culturales producidos en los últimos siglos.

Analizar a cabalidad todos los enfoques e interpretaciones en torno a la mitología, el mito y el héroe es una tarea ardua y compleja. En contrapartida, el presente artículo, lejos de configurarse en un compendio de aspectos teóricos, plantea el exhaustivo estudio de uno de los héroes más interesantes dentro de la pléyade de figuras que componen la mitología clásica. A fin de cuentas, dentro de la *Iliada* existen numerosos héroes; algunos de gran importancia, que estarán presente de alguna u otra manera tanto en la literatura como el imaginario griego posterior, así como otros de menor categoría, de quienes solo Homero nos da noticia. Uno de estos será Pándaro, quien aparecerá en los cantos II, IV y V de la *Iliada*. Pándaro en general compartirá las características de los héroes homéricos, aunque hay un par de elementos curiosos, lo que lo convertirá en un personaje bastante interesante para analizar, pese a su pequeño papel en la obra.

Desarrollo

La primera aparición de Pándaro en la *Iliada* es en el catálogo de los barcos. Homero nos informa que “y los habitantes de Zelea en las estribaciones del Ida, / los opulentos troyanos que bebían la negra agua del Esepo. / De éstos era jefe el ilustre hijo de Licaón, / Pándaro [...]” (Homero versos II, 824-827). De este fragmento tenemos un primer elemento, que es la pertenencia de Pándaro al bando troyano. Un segundo elemento, vital en este mundo, es la mención de su linaje. La valentía, la búsqueda de la excelencia, el ἀρετή de un guerrero, se relaciona con la familia, se hereda en cierta forma de los antepasados. El héroe homérico pertenece necesariamente a la nobleza: “los héroes de la *Iliada*, que se revelan en su gusto por la guerra y en su aspiración al honor como auténticos representantes de su clase, son, sin embargo, en el resto de su conducta, ante todo grandes señores con todas sus preeminencias” (Jaeger 35). Solo el noble podía llegar a ser héroe, y es por esto la necesidad constante de remarcar la procedencia que tiene cada uno. En la *Iliada* la mención de los padres de los héroes es

una constante, por ejemplo, “Pélida” por Aquiles, “Laertiada” por Odiseo. En el caso de Pándaro, se le menciona con su nombre en seis ocasiones en la *Iliada* (Homero II 827; IV 88; V 168, 171, 246, 795); como hijo de Licaón, once (Homero II 826; IV 89, 93; V 95, 101, 169, 179, 229, 246, 276, 283).

El linaje de algunos incluso se remontaría a los dioses, aunque esto no es excluyente de heroicidad. Muchos héroes son mortales, sin que por eso sean menos nobles en su cometido que los descendientes híbridos de divinidades. Sin embargo, aunque sean mortales, cuentan con la ayuda de los dioses. Los héroes en la *Iliada* se relacionarán con los dioses, presentes siempre en la obra. Pándaro, por lo que nos informa Homero, es cercano a al dios Apolo, “Pándaro, a quien el propio Apolo había dado el don del arco” (Homero II 827) y al disparar una flecha, el héroe promete “al instante colocó sobre la cuerda la amarga flecha / e hizo votos a Apolo, nacido en Licia, ilustre por su arco, / de sacrificar una ínclita hecatombe de primogénitos corderos / al regresar a su casa, a la sagrada ciudad de Zelea” (Homero IV 117-120). Los dioses ayudan a los hombres, tienen sus favoritos entre ellos, y tomarían bando en la propia guerra, a favor o en contra de Troya. Las divinidades homéricas “son espectadores de combates mortales, prueban y entregan comentarios (a veces compartidos con el poeta) sobre dilemas y duelos. Ellos animan, apoyan y pelean junto a sus favoritos, profetizan el futuro, charlan entre ellos y manipulan los hechos en formas materiales” (Fowler 21 [traducción propia]). En este mundo de los héroes, los dioses caminan entre ellos, y toman parte de la vida y las acciones humanas. Apolo, el —pareciera— benefactor de Pándaro, es además protector de la ciudad de Troya y sus habitantes.

La protección divina es fundamental, pero esto de nada sirve si el héroe no se da a conocer: la gloria y el honor solo se obtendrá peleando, pues es aquí donde cada cual mostrará su valía, y para esto buscará destacar frente al resto, peleando ante un igual, puesto que, como ya se mencionó, “el valiente es siempre el hombre de rango” (Jaeger 31). Solo la lucha con otro aristócrata, educado en la excelencia, en “[...] descollar siempre, sobresalir por encima de los demás / y no manchar el linaje de mis padres [...]” (Homero VI 208-209) podrá dar honor. Pándaro, al —piensa él— herir de muerte a Diomedes, le dice “herido estás en el ijar de parte a parte, y creo que no / vas a resistir ya mucho tiempo. Me has dado inmenso honor” (Homero V 284-285). Matar a un guerrero de la talla de Diomedes, hubiese sido Pándaro causa de gran reconocimiento entre sus pares y gloria para él y los suyos.

La nobleza del héroe se muestra combatiendo, pero también el aspecto físico y las armas utilizadas nos mostrarán elementos. El físico de los héroes habla de la nobleza de cada uno, y de hecho, el único personaje descrito en la *Iliada* de bajo linaje es Tersites, quien “... era el hombre más indigno llegado al pie de Troya: / era patizambo y cojo de una pierna; tenía ambos hombros / encorvados y contraídos sobre el pecho; y por arriba / tenía la cabeza picuda, y encima una rala pelusa floreaba” (Homero versos II 216-219). De Tersites no sabemos quién era el padre: su fealdad y desatino van de la mano con el hecho de no pertenecer a la aristocracia. “¿Fue intención del poeta

salvar del olvido al soldado raso Tersites? Probablemente quiso reflejar de manera desfavorable la existencia, frente a los aristoi, de clases sociales menos gloriosas” (Vidal Naquet 82). La fealdad va de la mano con su falta de virtudes, así como la belleza nos muestra su presencia. A Pándaro se le entrega el epíteto de ἀντίθεον, “parecido a un dios” (Homero IV 88, V 168), al igual que a otros héroes.² Son agraciados, tienen que ser hermosos, pues lo que es bueno, es bello.

Esto tiene una explicación bastante lógica. El guerrero requiere de buena condición física, debía estar entrenado, ser fuerte y ágil, para que pudiera superponerse a las vicisitudes de la batalla. “Un cuerpo poderoso también era considerado como un factor decisivo en las batallas. El énfasis que se le daba a la fuerza y agilidad física iba de la mano con la idea de que las peleas eran pruebas de valor individual, donde un guerrero no estaba subordinado a una estrategia colectiva” (Hölscher 7). Un soldado sin condición física tanto en Homero como en el mundo clásico, no sobrevivirá mucho tiempo.³ Los mejores guerreros entonces, eran jóvenes entrenados en el gimnasio, quemados por el sol, con una buena condición física.

Además de la belleza y capacidad física innata de cada cual, sus armas tienen que estar a la par. Muchas de estas se describen con profusión en la *Ilíada*; son armas nobles, que igualan a sus dueños. Estas armas no son de fácil acceso pues no cualquiera puede costearlas. Por lo mismo, el equipamiento militar nos muestra los recursos y el lugar en la jerarquía que ocupaba el personaje en cuestión, “[...] la armadura era un símbolo importante de rango, de riqueza y de su ciudadanía” (Hölscher 9 [traducción propia]). En el equipo de cada persona se podía observar su rango social y sus recursos. Pero no solo se relaciona con el tema económico: las armas en sí son preciosas, tanto como heredades de antepasados o regalos de los dioses; poseerán una nobleza intrínseca —y que mostrarán hasta cierto punto—, la valía de su dueño. Obtener las armas del vencido son prueba de la fortaleza de quien vence y de su capacidad. La detallada descripción del escudo de Aquiles nos muestra la nobleza del arma, nobleza que solo se compara con quien fuera el dueño de ellas.

A Pándaro, como héroe menor, no se describirán sus armas con profusión, pero nos hacemos una idea de su equipo por la presentación que se hace de su arco, “Al punto despojó del bien pulido arco de buco de cabra / montés, al que él mismo una vez había tinado bajo el torso / cuando brincaba desde una roca. Tras acecharlo en emboscada, / le acertó en el pecho, y el animal cayó de lomos en la roca. / Los cuernos medían dieciséis palmos desde la cabeza; / un artesano pulidor de cuernos los había ensamblado con maña / y, tras alisarlo bien, había montado en él un áureo gancho” (Homero II 104-110). La descripción de su confección nos habla de un arma noble, que merece ser de un héroe de la talla de los homéricos.

2 Como ejemplo de algunos, Áyax (v. gr. *Il.* X 112), Sarpedón (v. gr. *Il.* V 663), Polyphetes (v. gr. *Il.* XIII 791).

3 En el mundo clásico significará un peligro mayor: puede ser un peligro para quienes lo rodean, el eslabón débil en una formación hoplita.

Las peleas que se producirán para quedarse con las armas de los héroes muertos nos muestran su importancia. Cuando Diomedes mata a Pándaro, “Eneas saltó a tierra con el broquel y la larga lanza, / temeroso de que los aqueos se llevaran el cadáver arrastrándolo” (Homero V 297-298). Si bien no se describe explícitamente el que se intentara despojar de su equipo al cuerpo de Pándaro, eso es lo que temió Eneas. No debió preocuparse de que se deshonrara el cadáver, ya que existía un acuerdo tácito entre griegos sobre el respeto a los muertos.⁴ Esta costumbre se mantendría en el mundo clásico, en que se cuentan de casos en que “los comandantes Hoplitas podían llegar a admitir una derrota y abandonar el territorio si se daban cuenta de que de ninguna otra forma podían recuperar los cuerpos de los caídos en combate” (Runciman 739 [traducción propia]). Después de todo, en una batalla la muerte podía llegarle a cualquiera, y el alma no descansaría si no se realizaban los ritos correspondientes. Este respeto, sin embargo, no impedía el despojo de las armas, costumbre con la que nos encontramos constantemente en la *Ilíada*. La importancia de estas armas, como se mencionó, no está solo en la riqueza: es parte del honor de quien fuera derrotado. En las vestimentas se mostraban el linaje, la ciudad, todo lo que se honraba. Eran parte de la dignidad del luchador, grandes tesoros familiares, incluso legado por dioses.

Dentro del equipo del guerrero, el caballo es un caso aparte. Junto con el carro de guerra, su función, en cuanto a la batalla, es nulo. En ninguno de los poemas épicos se utiliza un contingente de caballos para realizar un ataque, sin embargo su presencia era importante pues “la tenencia de caballos marcaba la diferencia entre los muy ricos y el resto de la clase acomodada [...] Un caballo costaba por lo menos cuatro o cinco veces más que una armadura completa” (Van Wees 58). Todos los héroes tenían caballo, pese a su escasa importancia dentro del campo de batalla. Es lo mismo con el carro de guerra: muy pocos pueden costear uno. Al igual que con los caballos, no hay lucha de carros, no hay batallas con una estrategia propia del uso del carro; no tienen ninguna función útil en la guerra, salvo el llegar a ella, “el jinete homérico era esencialmente un guerrero de infantería y en su épica las instancias en que estos peleaban desde los carros, solos o en masas, son extremadamente raras” (Van Wees 63 [traducción propia]). La función del carro es llevar a los héroes al campo de batalla y a la vez, mostrar y dar valía a su propietario. Su única importancia era el status que otorgaba. Aquí nos topamos con una de los elementos más curiosos de Pándaro. Por lo que nos dice, él posee caballos y carros de combate, pero no los lleva a la guerra. Leamos la siguiente cita:

Heme aquí sin caballos ni carros en los que poder montar. / Y eso que en el palacio de Licaón tengo once cajas de carro / bellas, clavadas por primera vez y recién fabricadas; fundas / tiene desplegadas, y cerca de cada una biga de caballos / se yergue, cebándose de blanca cebada y de escanda. / En verdad, muy

4 Es uno de los elementos que hacen aún más terrible la actitud de Aquiles frente al cadáver de Héctor.

encarecidamente el anciano lancero Licaón / al partir me encomendó en las
bien construidas moradas. / Me exhortó a que montado en caballos y en carro
/ fuera al frente de los troyanos en las violentas batallas. / Mas yo no le hice
caso, ¡cuanto mejor habría sido! / por precaución de que me faltara el pasto para
unos caballos / habituados a comer con hartura, al estar los hombres cercados.
/ Así los dejé y vine a Ilio y estoy como infante, / confiado en el arco; pero para
nada me iba a aprovechar (Homero V 192-205).

Observamos el cuidado que se le tienen a los caballos, al punto de dejarlos en casa. Pándaro se deshace en excusas para explicar por qué no los tiene, pero independiente del motivo para dejarlos, aquí se empieza a dibujar la figura de Pándaro que, si bien pertenece a la clase de los héroes, posee elementos que lo muestran en una situación de desigualdad frente a otros. El no tener caballos, el haber renunciado voluntariamente a ellos, es un punto curioso.

Dejando de lado el aspecto físico, entraremos en lo que es el actuar propio de los héroes. “El héroe, sin embargo, no es, ni mucho menos, un ideal de la Humanidad. Todas sus obras, todas sus pasiones, llegan hasta los límites más extremos; su idealidad consiste en su semblante hermoso y vivo; en cambio, no se le importuna exigiéndole nobleza de sentimientos, la llamada dignidad o perfecciones morales; él representa el egoísmo ingenuo e indómito de la naturaleza humana” (Burckhard 48). El héroe griego era caprichoso, egoísta: busca su propio lucimiento, aunque esto le pueda costar la guerra a su propio bando —el caso de Aquiles—, o en el caso del mismo Pándaro, romper una tregua, azuzado —engañado más bien— por Atenea, quien tomará forma humana para decirle:

¡Ojalá me obedezcas en una cosa, belicoso hijo de Licaón! / Si así fuera, osarías
arrojar sobre Menelao una veloz saeta / y te alzarías con el favor y la gloria de
todos los troyanos, / pero, por encima de todos, del rey Alejandro. / Seguro que
de él sobre todo obtendrás espléndidos regalos, / si viera a Menelao, el marcial
hijo de Atreo, / subir a la pira fúnebre doblegado por tu dardo. / Más, ea, dispara
una flecha al glorioso Menelao (Homero IV 92-99).

Con la flecha de Pándaro, la tregua y el duelo entre Menelao y Paris se detienen, y así, la única posibilidad real de detener la guerra en forma —relativamente— pacífica durante el relato. Nada de esto importó a Pándaro, con tal de conseguir la gloria antes descrita por Atenea. Por supuesto, la diosa defendió a Menelao y evitó su muerte (Homero IV 127-129). Si hubiese logrado su objetivo, efectivamente se habría cubierto de gloria, sin importar la traición que significa el que haya disparado durante la tregua. De hecho, mientras apuntaba “sus valerosos compañeros embrazaban los escudos delante / por si los marciales hijos de los aqueos arremetían / antes de recibir el impacto Menelao, el marcial hijo de Atreo” (Homero IV 112-114). El gran pecado de Pándaro no es la traición: es el haber fallado.

Los héroes griegos diferirán bastante del ideal heroico cristiano con el que solemos relacionar esta idea —la de héroe—, basado en normas morales y que suelen mostrar un altruismo enorme. Los héroes griegos son veleidosos, lloran, huyen de las peleas, engañan, se insultan. La pasión los acompaña en todos sus actos: Aquiles llora desconsoladamente cuando se siente insultado por Agamenón, y es su madre la que lo consuela y promete resolver el mal (Homero I 357-427); Ulises y Diomedes no tienen reparos en asesinar a Dolón, espía troyano, luego de que este les diera la información que querían, pese a que Odiseo le dice “¡cobra valor y no te obsesiones el ánimo con la muerte!” (Homero IX 383), antes de interrogarlo. La impulsividad y egoísmo son características de estos guerreros, presente en la búsqueda de lucimiento personal “su esfuerzo y su vida entera es una lucha incesante para la supremacía entre sus pares, una carrera para alcanzar el primero premio” (Jaeger 23). El mismo Pándaro, al disparar a Menelao, actúa a traición. Estos actos “no disminuyen su apariencia ideal ni las fechorías del hombre heroico, como Zeus tampoco pierde su prestigio cuando engaña a Agamenón mediante un sueño” (Burckhardt 48). El héroe es apasionado e impulsivo, pero por sobre todo, un gran guerrero. Eneas le dice a Pándaro, “¡Pándaro! ¿Dónde están tu arco y tus aladas flechas / y tu gloria? Con él no hay hombre que rivalice contigo aquí / y tampoco nadie en Licia se jacta de ser mejor que tú” (Homero V 171-173). Es la guerra el lugar donde pueden destacarse, y los héroes son o fueron renombrados guerreros.

El luchador griego —tanto en Homero como en el posterior periodo clásico— se va a caracterizar por el uso de la lanza. El verdadero guerrero, el que dedica su vida a ello, usa la lanza, aunque no sea su arma principal. Quien pelea con lanza lo hace de frente, sin esconderse, a diferencia del arquero Pándaro. La visión frente al arquero en Grecia es bastante negativa, pues si bien son necesarios en la batalla, se los consideraban cobardes, pues no son capaces de luchar de frente, como —se supone— hacen los héroes. “La lucha con lanza griega, antagonizada con la cobardía oriental, representada en el arco persa” (Hölscher 10 [traducción propia]). Esta contraposición es una constante en la literatura griega clásica, “¿Cómo le irá a Jerjes, el Rey que nació de Darío? ¿Será vencedor el disparo del arco? ¿O ha prevalecido el vigor de la lanza de punta de hierro?” (Esquilo 224). El que se observe al arquero como cobarde quedaría marcada a fuego en el imaginario griego, incluso en el periodo clásico, porque “en definitiva, el combate cuerpo a cuerpo definía la ética guerrera de los héroes/nobles” (Reboreda 97). Pándaro es arquero.

Existen arqueros destacados: Odiseo era arquero, así como Apolo y Artemisa. Los dioses no pueden ser comparados con los héroes mortales, pero el caso de Odiseo es bastante interesante. Si bien en la *Iliada* no aparece caracterizado como un arquero, en la *Odisea* sí. Y la imagen que dará —en ambas obras— es la de la astucia, muy admirada, pero también visto con sospecha, especialmente en el mundo clásico, pues como lo describiría Filóctetes en la obra del mismo nombre, “¡Oh tú, perverso entre los perversos, que estás más allá de toda desvergüenza!” (Sófocles 366), pues su astucia lo

llevaría a utilizar el engaño frecuentemente. El mismo Filóctetes es un buen ejemplo de arquero, “¡Ay de mí! ¡Oh, muerte, muerte! ¿Por qué si así te llamo sin cesar, día tras día, no puedes llegarte alguna vez?” (Sófocles versos 796, 359), desesperado con su enfermedad, abandonado en la isla por años. Paris, arquero, cobarde, causante de la guerra, a quien su propio hermano le dirá “¡Calamidad de Paris, presumido, mujeriego y mirón! / ¡Ojalá no hubieras llegado a nacer o hubieras muerto célibe!” (Homero III 39-40). Por último, Teucro Telamón, gran guerrero, arquero, pero bastardo. “Teucro, hermano de Áyax, es un arquero que se refugia detrás del escudo de su hermano. Después de Homero, por ejemplo en el Áyax de Sófocles, se convertirá en un hermano bastardo. ¿Arquero porque es bastardo, o bastardo porque es arquero?” (Vidal Naquet 51). Todos tendrán algún elemento que los hará quedar de costado frente a los restantes héroes, siendo sus iguales.

En el caso de Pándaro, él:

[...] cumple el papel de traidor porque es él quien instigado por Apolo, dispara una flecha a Menelao con la esperanza de matarlo, aunque solo logra herirlo. Así permite que los aqueos rompan el acuerdo concertado entre Menelao y Paris para reanudar la ofensiva. Sería difícil expresar de manera más elocuente los valores perversos del arco y los arqueros en el mundo de la guerra heroica (Vidal Naquet 51).

Esta visión se notaría incluso en el ámbito artístico: “su rareza en el arte [del arquero] no era un reflejo de su menor número en el ejército arcaico, si no de su bajo prestigio” (Van Wees 170 [traducción propia]). De todas formas son parte del campo de batalla y muy necesarios a la hora de luchar.

Nuestro héroe luchará en dos ocasiones y en las dos lo hace con su arco, pese a tener lanza: “Antes no te ha doblegado el ligero proyectil, la amarga flecha; / más ahora haré otro intento con la pica a ver si te alcanzo” (Homero V 278-279). Como arquero se le describe como excelente, “que tienen⁵ inconmensurable vigor: es diestro en el arco uno [...]” (Homero V 245), nos dice Esténelo, avisando a Diomedes. Pero pese a su destreza, siempre pierde: “Pues ya he disparado contra dos de los paladines, / el Tidida y el Atrida, y a ambos el tiro les ha hecho brotar / auténtica sangre, más solo he logrado despertar su arroj” (Homero V 206-208). En las dos peleas que son descritas, pierde. Que un héroe pierda alguna batalla es normal. Que las pierda todas, es curioso.

Pese a tener un poder sobrehumano, nada puede evitar el destino final del héroe: la muerte. Los héroes son mortales, por muy superiores que sean a la mayoría de los hombres. Es el destino del hombre. En los poemas homéricos no hay héroe que no contemple la muerte, por lejana que parezca, pues muchos son los que mueren en la

5 En plural, pues habla de Pándaro y Eneas.

batalla. La muerte de Pándaro es gloriosa. Intenta vencer a Diomedes, y le dispara una flecha:

pero si es el hombre que afirmo, el belicoso hijo de Tideo, / no sin la ayuda de un dios muestra esa furia; cerca hay algún / inmortal que le asiste con los hombros envueltos en una nube / y que ha desviado a otro lado la veloz saeta que lo alcanzaba. / Ya le he arrojado un dardo que le ha acertado en el hombro / derecho y ha penetrado recto por la concavidad de la coraza. / Y yo ya estaba seguro de que lo precipitaría al reino de Aidoneo; / pero no lo he doblegado: seguro que es un dios rencoroso (Homero V 186-191).

Pándaro hiere a Diomedes, pero su flecha no le hace nada grave. Sospecha nuestro héroe de la presencia de algún dios que ayuda al Tidida, pues no considera que haya podido sobrevivir de otra forma. Diomedes, efectivamente, es guiado por Atenas, y a esta le pedirá ayuda, pues no soporta ser herido así:

¡Óyeme, hija de Zeus, portador de la égida, indómita! / Si alguna vez también tu benevolencia asistió a mi padre / en el hostil combate, muéstrame ahora otra vez tu amor, Atenea. / Concédeme capturar y que llegue al alcance de mi pica el varón / que me ha acertado anticipándose y que ahora se jacta y asegura / que no veré ya mucho tiempo la brillante luz del sol. / Así habló en su súplica, y le escuchó Palas Atenea, / que tornó ágiles sus miembros, tanto las piernas como los brazos (Homero V 114-122).

Atenas accede. Su protección no menor, Diomedes incluso vence a Ares en esta batalla (Homero V 840-863). Pándaro no tiene oportunidad contra el hijo de Tideo.

Cuando Diomedes finalmente lo ataca:

[...] disparó, y Atenea enderezó el proyectil / hacia la nariz junto al ojo y traspasó los blancos dientes; / el intaladrable bronce le cercenó la base de la lengua, / y la punta de la lanza emergió junto al extremo del mentón. / Se desplomó del carro, y las armas resonaron sobre su cuerpo, / tornasoladas, relucientes. Se apartaron espantados los caballos, / de ligeros cascos; y allí mismo vida y furia se le desmayaron (Homero V 290-296).

Aquí muere Pándaro. Nada más se dice de él, salvo las molestias que su flecha causó en Diomedes.

Reflexiones Finales

Los mitos griegos son para nosotros ya solo temas y motivos literarios transmitidos por una larga tradición de notorio y secular prestigio. Fantasmas son ya de lo que fueron a los que la literatura presta, en su viaje por el tiempo, nuevos hábitos y disfraces.

Temas y emblemas de la antigua mitología clásica perviven así, sueltos o trabados en múltiples relatos, y se prestan a ser recontados, aludidos, y manipulados por la literatura moderna una y otra vez. Los mitos antiguos resultan, a la mirada actual, poco más que pretextos para su recreación como materia literaria. Han perdido su vinculación con la religión y la ideología de la sociedad que los produjo, subsisten desgajados de todo el contexto ceremonioso y ritual que pudieron tener en sus orígenes y de la función social que tenían cuando esa mitología estaba vigente en la sociedad griega antigua.

Siguen no obstante albergando a su modo, incluso despojados de su fondo religioso, en su distanciamiento de sus orígenes, cierta atmósfera misteriosa, como relatos enigmáticos, memorables y paradigmáticos, aunque perviven ya como fragmentos y reliquias de una mitología antigua, ahora cuarteada y recuperada de modo muy distinto a su pervivencia original —que estaba ligada a las narraciones de los viejos, de los poetas educadores del pueblo, de las fiestas públicas, etcétera—, mientras que ahora solo perduran en una tradición culta, y libresca, como piezas de una ilustre fantasmagoría extraña y antigua. Recordemos que el paso de la tradición religiosa a la literatura ya se dio en la misma Grecia, y que también allí los mitos conformaron el repertorio fundamental de la épica, la lírica y la tragedia, es decir, de los tres grandes géneros clásicos.

Finalmente, habría que decir que en todas sus apariciones en la *Iliada*, Pándaro se muestra como un héroe, pero como lo son los arqueros. Siempre hay elementos que los rebajará, de alguna u otra manera, frente al resto de los héroes. Es igual a ellos, pero sin serlo. Pándaro no tiene caballos, renuncia a ellos, no gana sus batallas, rompe la tregua entre los ejércitos: usa el arco en vez de la lanza. La visión del arquero siempre fue negativa, y esto se observa en los héroes que utilizaron el arco. Seguirán siendo héroes, pero siempre con algún elemento que nos haga dudar de su pertenencia a dicho grupo. Tal vez, entreviendo lo que significaría el arco, el mismo Pándaro diría, “en caso de regresar y volver a ver con estos ojos / mi patria, a mi esposa y a mi alta morada, de elevados techos, / al punto ojalá que un extraño me corte la cabeza / si yo no echo este arco al reluciente fuego, / tras hacerle añicos con las manos; pues es una compañía inútil” (Homero V 212-216).

Referencias

- Bauzá, Hugo Francisco. *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1998.
- Burckhard, Jacob. *Historia de la Cultura Griega*, tomo IV, Obras Maestras. Barcelona, Iberia, 1964.
- Cardona, Francesc-Lluís. *Mitología griega*. Barcelona, Edicomunicación, 1996.
- Cassirer, Ernst. *Filosofía de las formas simbólicas (tomo II)*. Trad. Armando Morones. México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

- Esquilo. *Tragedias*. Trad. de Bernardo Perea Morales. Madrid, Gredos, 1986.
- Fowler, Robert (editor). *The Cambridge Companion to Homer*. UK, Cambridge University Press, 2004.
- Homero. *Iliada*. Trad. E. Crespo. Madrid, Gredos, 2006.
- Hölscher, Tonio. "Image of War in Greece and Rome: Between Military Practice, Public Memory, and Cultural Symbolism". *The Journal of Roman Studies*, vol. 93, pp. 1-17.
- Highet, Gilbert. *La tradición clásica (Volumen I-II)*. Trad. Antonio Alatorre. México, Fondo de Cultura Económica, 1954.
- Hesíodo. *Obras y Fragmentos*. Trad. y notas Aurelio Pérez Giménez y Alfonso Martínez Díez. Barcelona, Gredos, 1978.
- Jaeger, Werner. *Paideia*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Jesi, Furio. *Mito*. Trad. J. M. García de la Mora. Barcelona, Labor, 1976.
- Píndaro. *Odas y fragmentos*. Trad. y notas de Alfonso Ortega. Madrid, Gredos, 1982.
- Real Academia Española. *Diccionario de la Lengua Española (II tomos)*. Madrid, Espasa Calpe, 2001.
- Reboreda Morillo, Susana. "El arco y las flechas en el Bronce Final y en el Hierro Inicial en Grecia". *Gerión*, n° 16, pp. 85-99.
- Runciman, W. G. "Greek Hoplites, Warrior Culture and indirect Bias". *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. 4, n° 4 (Dic. 1998), pp. 731-751.
- Ruiz de Elvira, Antonio. *Mitología clásica*. Madrid, Gredos, 1998.
- Sófocles. *Tragedias*. Trad. A. Alamillo. Madrid, Gredos, 1982.
- Van Wees, Hans. *Greek Warfare: Myths and Realities*. London, Duckworth, 2004.
- Vernant, Jean-Pierre. *Los orígenes del pensamiento griego*. Trad. Marino Ayerra. Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Vidal Naquet, Pierre. *El mundo de Homero*. 2ª ed. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Enviado: 18 febrero 2018
Aceptado: 12 diciembre 2018